

tica antigua. Esto nos lo explican aquel pasaje del Chu-King, donde se lee: « Yao y Chung, despues de haber examinado las antigüedades, crearon cien oficiales » y tantos otros pasajes de aquel antiguo libro en que se citan memorias anteriores.

Cultura

Por otra parte, los que quieren remontar la civilización de los Chinos á tiempos muy remotos, encuentran que les falta la base, tan pronto como otros impugnan la autenticidad de sus libros. Hasta de estos mismos se desprenden indicios que se hallan en oposicion con tan antigua cultura. Por ejemplo, el filósofo Hoai-nan-tseu describe el palacio de Yao, el cual tenia un techo de paja y barro, donde las lluvias del verano hacian crecer la yerba; un patio rodeado de un muro, al que se subia por escalones formados de montoncillos de césped, servia para la audiencia; á la extremidad de este patio se custodiaban en una sala las pesas y medidas para los mercados que se verificaban en aquel recinto; y habia plantados árboles para que pudiese estar á la sombra el que aguardaba.

Yu-chin, que vivió en el siglo primero de la era vulgar, y compiló el *Chue-huen*, ó sea tratado de literatura, diccionario etimológico chino, que pasa por contener las voces puras y legítimas, asegura que todos los caracteres en que entra el siglo de la seda, no van mas allá de la dinastía de los Cheu, que empezó en 1122; y que ántes de esta época se escribían los nombres de los vestidos con los signos del cáñamo y de las pieles. Hasta hay muchos autores antiguos que han escrito que Yao no iba vestido sino de lienzo en verano y de pieles en el invierno.

Pero de este vocabulario, con el auxilio de un método ingenioso y nuevo, no aplicable á ningun otro idioma, pretende Remusat sacar indicios de la civilización primitiva de la China.

Los caracteres chinos mas antiguos eran figurativos, como veremos luego; esto es, retrataban los mismos objetos ó sus símbolos. El que busca la antigüedad de un vocablo en nuestros idiomas, no tiene en su auxilio sino la historia y algunas reglas etimológicas seguras. Por el contrario, en las voces chinas derivadas, se conservan las radicales desde hace cuarenta siglos; sin disminucion ni aumento notables: de modo que, analizando los caracteres compuestos, resultarán los simples, y estos ofrecerán el cuadro incompleto, pero muy curioso, de las ideas que se hallaban mas en uso en los primeros tiempos de aquella nacion. Y si tenemos presente que debieron de pintar no todos los objetos que veían alrededor, sino solo los mas importantes, podremos encontrar en su escritura, por decirlo así, un inventario de sus costumbres y conocimientos primitivos.

Remusat emprendió este análisis; tomó los nueve mil trescientos cincuenta y tres caracteres empleados en el *Chue-huen*, que nos trasladan á una antigüedad de diez y ocho siglos, y analizando sus quinientas cuarenta raíces ó

claves, encontró que muchas eran compuestas, de modo que redujo las verdaderas á unos doscientos signos primitivos, que pueden mirarse como los elementos de todos los caracteres chinos, y que quizá no pasen de trescientos, añadiéndoles las raíces de ciento cincuenta mil caracteres inventados posteriormente. Ahora bien, doscientos caracteres, ó poco mas, imaginados cuatro mil años hace, han bastado para explicar, por medio de multiplicadas combinaciones, todas las ideas que desde entónces acá se han ido adquiriendo.

Disponiéndolos por orden de materias, se halla que el cielo suministró siete caracteres á los mas antiguos Chinos: un círculo con una línea en medio para figurar el sol; una *media luna* para representar el satélite de la tierra; una *luna* partida en dos, la oscuridad; *líneas* en zigzag, las nubes y los vapores; *gotas*, bajo una bóveda, la lluvia. Aun no habia signos para el viento, los meteoros, el firmamento y las estrellas.

Diez y siete caracteres primitivos están tomados de objetos terrestres, como montes, colinas, agua, fuego, piedras, fuentes y otros por el estilo; entre los cuales sin embargo no se ven ni los rios, ni el mar, ni las llanuras, ni los bosques, ni los lagos; objetos que si posteriormente ocurrió especificar, se designaron al principio con términos genéricos.

La habitacion suministró once caracteres, que indican ya algun progreso, distinguiéndose el techo, el almacén, el granero, ventanas de dos clases y un catalejo; pero no aparecen caracteres que den una idea clara y distinta de casa, palacio, torre, templo, puente, castillo, ciudad, ni baluarte.

Siguen veintitres figuras relativas al hombre y á algunas acciones fáciles de representarse con signos sencillos; entre los cuales no se encuentran los que explican los grados menos próximos de parentesco, ni tampoco los de rey, letrado, general, ni guerrero; estos últimos, como que están escritos con voces de dos sílabas, revelan un origen menos remoto. Se ve, sí, un artesano; un hombre inclinado respetuosamente, figura que despues representó á un súbdito y á un ministro; un mago, y una persona apoyada en el baston, signo adoptado luego como emblema de las enfermedades.

De los veintisiete que se tomaron de los miembros, solo dos figuran partes internas; el corazón y las vértebras. Seis se refieren á vestidos, y el mas sencillo indica el pequeño delantal que parece haber sido el primer vestido de los pueblos al salir de la barbarie, y que, segun Yu-chin, llevaban de color rojo el rey, violado los súbditos y verde los empleados.

Un punto en medio de la figura del pozo para representar una piedra roja encontrada cavando; una figura circular atravesada por una recta para representar cuentas enhebradas, y tres perlas ensartadas para representar el jaspe antiguo, son los únicos caracteres relativos á

minerales preciosos: ningun signo indica las monedas, las joyas, el vidrio, la porcelana, que por lo mismo pueden considerarse invenciones posteriores; y lo que aun parece mas extraño es que no está indicado ningun metal ni siquiera el oro, lo que prueba que los Chinos se hallaban en la infancia de las artes cuando comenzaron á trazar caracteres. Otro tanto puede deducirse de los nombres de muebles, utensilios, armas é instrumentos, entre los cuales, y son nada menos que treinta y cinco, los hay para denotar vasijas de madera y de barro, mesas, cofres y armas probablemente de piedra; pero en vano se buscarian el arado, el hacha, la azada. La señal del lino que hasta hoy ha permanecido comun al cáñamo y la seda, no nos ayuda á descubrir cuál de estas materias se usó ántes.

En los objetos naturales constituye mejor prueba aquella escritura. Muéstranos doce cuadrúpedos: el perro, el buey, el carnero, el cerdo, el caballo domado, el leopardo, el ciervo, el raton, dos especies de liebres; y lo mas raro de todo, el elefante y rinoceronte que, sin embargo, no debieron nunca aproximarse al Chen-si, cuna de la monarquía china. Once caracteres se refieren á las aves, seis de los cuales figuran las alas, las plumas y el vuelo; tres son particulares al cuervo y á dos castas de golondrinas, y los dos últimos pertenecen á los géneros de cola larga y de pequeña cola. Un solo carácter indica los peces. Los animales inferiores se dividen en dos clases: en insectos y coracíneos, es decir, que tienen los huesos por la parte de fuera y la carne por dentro; pero ningun signo representa á los animales fabulosos que hoy colocan los Chinos al frente de cada clase, como el unicornio, rey de los cuadrúpedos, el fénix, que lo es de las aves, y el dragon de los reptiles; lo que da á entender que estos seres fantásticos han sido introducidos despues, y es un nuevo testimonio de la antigüedad de semejante escritura.

Veintiocho signos comprenden todo el reino vegetal; la mayor parte genéricos, como los que indican los granos, los árboles, las yerbas, las hojas, las flores y los frutos. Distingúense entre los granos el arroz y el mijo, pero faltan la cebada y el trigo; entre las legumbres se citan el ajo y la calabaza; tambien está expresado el vino, ó mejor dicho, la bebida espirituosa que extraen del arroz fermentado; y entre los árboles solo se menciona el bambú, no conociéndose aun la morera, el árbol del papel, el té ni el barniz.

Este vocabulario no nos ofrece, pues, mejor idea que la de un pueblo compuesto de pocas familias, escaso aun de conocimientos, y en los umbrales apenas de la civilización. Falta allí la palabra rey; pero no la de hechicero; y en cuanto á ideas metafísicas, tenían la hoja del árbol colocado en el *valle luminoso* por el lado que sale el sol, para expresar el cielo; un signo del demonio y otro de la sangre de una víc-

tima ofrecida en sacrificio; ideas que parecen restos de la tradicion patriarcal, al paso que su pequeño número manifiesta la indiferencia, profesada aun en el dia por los Chinos, hacia todo lo que no se refiere al mundo material y á la clase de los seres sensibles. Por lo demas, nada de ideas morales, de observaciones de fenómenos celestes, de divisiones del tiempo, de jerarquía civil; sus vestidos son groseros, sus armas propias de salvajes. Y aunque pudiera impugnarse la consecuencia, con decir que ellos no expresaron todos los objetos conocidos por medio de signos, quedará sin embargo como irrecusable que debió de ser su intencion significar los mas comunes; tanto mas cuanto que renovando el análisis respecto de otros grupos relativos á ciencias, resultan siempre las mismas ideas primitivas.

Ni la composicion de los diversos caracteres simples encierra nada del ingenioso sentimiento de los arcanos de la naturaleza, ó del espiritismo tan delicado que se encuentra en los jeroglíficos egipcios y en los símbolos indios, sino que se apoya en ideas enteramente materiales, á veces groseras. *Felicidad* se escribe con dos signos que representan una boca llena de arroz: el siglo de *mujer*, repetido dos veces, expresa el diálogo y la disputa, y repetido tres, el desorden y el libertinaje. Existen con todo eso algunos caracteres ingeniosos: *ming*, luz, está formado con los signos de la luna y el sol; *chu*, libro, con los del pincel y la palabra, como para significar la palabra pintada; *nu*, cólera, con los caracteres del corazón y del esclavo, como pasión que domina al corazón. Lo dicho basta, creo, para moderar el aserto de los que pretenden que la China estaba civilizada ántes de todos los tiempos históricos.

De su antigua astronomía, como luego veremos, tenemos resultados mas exactos que no de la de los Egipcios y los Caldeos: pero lejos de deducir de ella la consecuencia de una antigüedad excesiva, nos suministra una nueva prueba de lo que hemos dejado sentado en otro lugar, esto es, que los pueblos primitivos poseyeron un caudal de doctrina sin haberlo adquirido por una sucesiva progresion de descubrimientos, y que así se presenta siempre de una manera incompleta.

El que ha estudiado mas á fondo la astronomía china, ha visto (como hemos notado ya entre los Indios, Caldeos y Egipcios) trasladadas sus combinaciones á los acontecimientos terrestres, de modo que los personajes y la duracion de sus reinados eran formas cabalísticas de revoluciones sidéreas. El historiador Lieu-hine fué quizá el primero que se remontó á tanta antigüedad, asignando á la edad fabulosa 143,527 años. Si buscamos la genealogía de este número, como hemos hecho con los yogas indios y las dinastías egipcias, la encontraremos tambien en las cábalas astrológicas. Confucio dijo grandes cosas acerca de las virtudes del número 81, porque es cuadrado del cua-

drado del número místico 3. Si se multiplica por 81 el período de los 19 años (*Chang*) resulta un período 1,539, llamado *tong*, tres de los cuales, ó sea 4,617 años, forman el *yuen*, esto es, origen ó principio. Si este período se multiplica por 31, número encarecido también por Confucio, resulta cabalmente el de 143,127 años, atribuidos á la edad fabulosa.

Pudiéramos seguir al padre Gaubil en otras comparaciones semejantes; pero lo ya dicho basta á nuestro objeto, que era probar que tal multitud de siglos debe relegarse á la categoría de los sueños y las cábalas. Los demás cálculos, aunque se adopte la medida más larga, no se oponen en nada á los libros sagrados, que, según el código samaritano, colocan el diluvio treinta y cinco siglos antes de Cristo.

CAPÍTULO XXV

Primera, segunda y tercera dinastías.

2205-1766. La primera dinastía, llamada de los Hia, empieza desde que Yu se encargó por sí solo del gobierno. Antes había dado ya cima á trabajos mucho mayores que los del Griego Alcides, desmontando selvas, cegando lagunas, regularizando ríos, midiendo montañas, haciendo entrar en su deber á los Bárbaros, emprendiendo navegaciones y repartiendo con equidad los impuestos. Elegido emperador, tenía su corte en el Chan-si, donde se lee la copia de una inscripción que puso en el monte Eng-Chan, en el cual los antiguos emperadores solían ofrecer todos los años un sacrificio al Ser Supremo; copia que si se considera auténtica, es el más antiguo monumento que se ha escrito. Está concebida así:

« Dice el venerable emperador: ¡Oh auxilio y consejo mio, tú que me alivias en la administración de los negocios! Las grandes y pequeñas islas hasta su cúspide, todos los nidios de las aves y de los cuadrúpedos, todos los seres inanimados, se hallan inundados en grande extensión. Provee, haz que se retiren las agitadas aguas.

« Mucho tiempo hace que he olvidado enteramente á mi familia; descanso en la cima de la montaña Yo-lu. He puesto en actividad los espíritus con la prudencia y las fatigas. El corazón no conocía horas: el trabajo continuo era mi reposo. Las montañas Hoa, Yo, Tai y Eng han sido principio y fin de mis empresas. Concluidos los trabajos, he ofrecido á mediados del verano un sacrificio en acción de gracias. Cesó la aplicación; la confusión de la naturaleza se ha desvanecido; las grandes corrientes que venían de Mediodía han ido á parar al mar: podrán hacerse los vestidos de tela, prepararse las comidas; los diez mil reinos estarán en paz y podrán entregarse á la alegría (1). »

(1) Amiot envió á la biblioteca real de Paris una copia fiel de esta inscripción, en caracteres de seis pulgadas de altura,

Se nombró para sucederle á su hijo Ki, y desde este príncipe el título de Ti (emperador) se mudó en el de *huang*. Su reinado fué de breve duración, y su sucesor Tai-Kang se cuidaba solo de los placeres, y consumía en la caza meses y meses. Doliéndose sus hijos de esto, recordaban las virtudes de su abuelo y decían, sentados á la embocadura del Lo: « Así está escrito en los documentos de nuestro imperial abuelo Yu: » Amad al pueblo, no lo despreciéis: él es el fundamento del Estado; si el fundamento es sólido, el imperio permanece en paz. Hasta los más humildes pueden llegar á superarme. Si un hombre incurre á menudo en falta, ¿aguardará para corregirse á que resuenen en público las quejas? Antes de que esto suceda, es preciso estar alerta. Cuando los pueblos me acusan, tiemblo como al ver seis fogosos corceles guiados con riendas gastadas. ¿No es natural que el que manda á los demás esté siempre inquieto? »

Á esto, que dice el primer hermano, añade el segundo: « Según la mente de nuestro augusto abuelo, el amor excesivo á las mujeres, á las grandes cacerías, á las bebidas fermentadas, á la música deshonesta, á la construcción de palacios, á las paredes pintadas, son seis vicios de los cuales basta uno para arruinar á un hombre. »

Y el tercero: « Empezando desde Yao, los reyes tuvieron su residencia en Ki: esta ciudad se halla perdida actualmente, por haberse descuidado su ley y su doctrina. »

Y el cuarto: « Nuestro augusto abuelo practicando asiduamente la virtud, llegó á hacerse célebre y fué dueño de los cinco países: dejó preceptos de buena conducta y un modelo á sus sucesores. En el tesoro están las pesas y las medidas que deben emplearse y servir con igualdad en todas partes. Su doctrina y sus leyes yacen abandonadas; no existe ya salón donde honrar á los antepasados, y celebrar las ceremonias y los sacrificios. »

Finalmente el último exclama: « ¡Ay de mí! ¿qué he de hacer? me agobia la melancolía; soy odioso á los pueblos. ¿Á quién acudiré pues? Llevo el arrepentimiento en el corazón y en el semblante la vergüenza. Sepáreme de la virtud; pero ¿puede mi arrepentimiento reparar lo pasado (1)? »

Los hechos que se recuerdan de aquellos primeros reyes son cabalmente cacerías, excursiones contra los Miao-seu, ó hijos de los campos incultos, como llaman á las tribus salvajes, que siempre han existido y aun existen en medio de aquel culto imperio; y guerras con los pueblos limítrofes en las cuatro extremidades cardinales del reino del Medio y que debían ser los Indios y los Tibetinos.

con la traducción francesa. En 1802 fué publicada en Paris por T. Hager; y en 1811 en Halle por Klapproth. Está escrita en antiguos caracteres chinos, llamados *co-teu*, ó sea en figura de trulla.

(1) *Chu-king*, II, 3.

2139. Tai-Kang, que se separó de la senda seguida por sus padres, fué arrojado del trono, sucediéndole su hermano Chung-Kang. Este emperador es el mismo que condenó á muerte á sus ministros Hi y Ho, porque no le predijeron un eclipse. Siendo los eclipses mirados en la China como de siniestro agüero y como anuncios de la cólera del Cielo hechos á los reyes, han sido siempre observados con suma atención: al aproximarse uno de ellos, van los mandarines al palacio armados de arco y flechas, como para ayudar al rey que representa en la tierra al sol, y le ofrecen piezas de seda en honor del Espíritu; el ciego encargado de la dirección de la música toca un tambor, y el emperador y los grandes se visten sencillamente y ayunan. Así la aparición de uno que no se esperaba, ni había sido anunciado, podía perturbar el orden que en la China, y no únicamente en la China, se considera como la primera condición de un pueblo bien administrado. Pero ya entonces no se ve reinar entre el pueblo y el rey aquella armonía que constituía su felicidad en tiempo de los reyes fabulosos. Los grandes estaban en una continua lucha con el príncipe, no por querer dar ensanche á la libertad de los súbditos, sino á causa de ambiciones privadas ó de la disolución del monarca. Así fueron las cosas de mal en peor hasta Kie, despreciado de todos y odioso por su crueldad y sus excesos, en cuya época pareció cumplirse el destino de aquella dinastía, pues los Chinos dicen que el destino da el imperio á algunas familias para la felicidad de los pueblos, y luego las derroca cuando no pueden ya conservarlo dignamente, ó han cesado de ejecutar aquello á que estaban destinadas. »

1783. Chang, jefe de uno de los pequeños Estados que habían formado á consecuencia de la sublevación contra el rey, exhortó á los suyos á marchar contra Kie, diciéndoles: *Kie se ha manchado con graves culpas: consume el producto de los sudores del pueblo, arruina la ciudad capital: sumidos los súbditos en la miseria, no le profesan ya afecto, y viven desacordes entre sí. Kie dice señalando al sol: Yo y vosotros pereceremos cuando aquel astro perezca. ¡Presuntuoso! Venid á atacarlo; ó si no ejecutais mis órdenes, os haré morir con vuestros hijos.*

Después de esta proclama, redactada en el estilo de cuantas se hacen en la China y en otras naciones, estalló la guerra: Kie fué destronado y le sustituyó Chang, bajo el título de Ching-tang, que pareció digno de dar principio á una nueva dinastía.

Habia mandado escribir encima de su baño: *Para perfeccionarte, purifícate cada día, purifícate cada día.* Todos los vasos destinados á su uso contenían también máximas. Habiendo acaecido una larga sequía y escasez, invocaba sobre sí solo el castigo del Cielo Dirigióse humildemente al pie de una montaña sagrada, y postrado en tierra, confesó

una por una sus culpas; apenas hubo concluido su confesión, una copiosa lluvia volvió la abundancia al reino (1). Sucediéronse luego reyes buenos y malos, ministros leales y prevaricadores; y estos y las mujeres rodeaban el trono. Á todos los reyes excedió en crueldad el último, llamado Cheu-sin, y burlescamente atroz, como Calígula. Habiendo resistido á sus criminales deseos una hermosísima doncella, que puso á su disposición un indigno padre, la mató, la dividió en pedazos, y se la sirvió de este modo al autor de sus días; en otra ocasión abrió el vientre de una mujer para examinar el feto; y Ta-ti, su concubina, reunía en el palacio jóvenes de ambos sexos, excitándoles á que se entregasen á brutales lascivias. No pudiendo callar el ministro Pi-can, reprendió por ello al rey, el cual, después de oírlo, contestó: *Has hablado á la verdad como un sabio. Cuéntase que los sabios tienen siete aberturas en el corazón. Veamos si es cierto.* Y le mandó descuartizar.

Huen-huang, príncipe de Cheu, acudió también á él con quejas; pero no atreviéndose á matarlo, á causa de su poder, lo encerró en una prisión. Sus amigos lo rescataron, dando por él una inmensa cantidad de joyas y la más hermosa doncella; y en seguida lo colocaron al frente de un partido, enemigo jurado de la dinastía reinante. Vu-huang, su hijo, reunió un ejército de los súbditos rebeldes, y derrotó á Cheu-sin, quien, como Sardanápalo, después de vestirse las reales insignias, se encerró en una torre con sus tesoros, y pereció allí entre llamas. Vu-huang (el rey guerrero) ascendió entonces al trono.

Quando verificó su entrada en la metrópoli, se presentó á él con quejas que ninguno su hermano Pi-cung; y luego que el pueblo le vió, preguntó al antiguo ministro: *¿Es este Vu-huang? — No,* respondió: *su aspecto es demasiado fiero. El sabio tiene el aire modesto y muestra temor en cuanto emprende.* Apareció en seguida Tai-cung, primer ministro, montado en un hermoso palafren y con tremendo aspecto: el pueblo preguntó: *¿Será este acaso el nuevo Señor? — No,* respondió el ministro; *este pudiera compararse á un tigre cuando reposa, ó á un águila ó á un gavilán cuando se levanta: si disputa, le arrebatara su carácter impetuoso. El sabio no es así; pues sabe avanzar y retroceder á propósito.* Viendo en seguida á Cheu-cung, hermano menor de Vu-huang, que se acercaba con aire lleno de dignidad, le tomó el pueblo por el rey; pero el antiguo ministro dijo: *No; la frente de este aparece siempre grave y austera; y solo piensa en exterminar el vicio. No es el hijo del Cielo, sino su ministro y gobernador. Así sabe el hombre cuerdo hacerse temer hasta de las personas honradas.* En esto se presentó un hombre majestuoso y sin embargo modesto, con fisonomía á la par seria y afable, rodeado de multitud de oficiales, cuyas respetuosas ma-

(1) *Mém. sur les Chinois*, t. III, p. 144.